

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Edición y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

La energía con que el jefe del gobierno de Francia, M. Combes, resuelve dentro de la ley el problema de la enseñanza, trae revueltos á los clericales y reaccionarios de la vecina República.

No perdonan estos medio para protestar contra el régimen republicano y turbar la vida interna de la República valiéndose de manifestaciones con señoras al frente, que se disuelven á patos; niños de los cuales salen los reaccionarios casi por las ventanas, y continuos choques en las calles entre nacionalistas (nuevo disfraz de los clericales) y masas revolucionarias que ven claro en la cuestión, y aun cuando son socialistas, se colocan al lado del gobierno, viéndole amenazado por los reaccionarios á causa de sus leyes radicales.

Y mientras esto ocurre en las calles de París, el gobierno, friamente, con una tenacidad sublime, realiza su obra justiciera cerrando los centros religiosos dedicados á la enseñanza, y disolviendo todas las comunidades que no tienen un fin benéfico.

No es que el gobierno de la República—como equivocadamente se cree por muchos, á causa de la propaganda reaccionaria—ha dispuesto la disolución de todas las órdenes religiosas. El gobierno republicano ha respetado las comunidades que se dedican al cuidado de los enfermos y ancianos. Lo que hace, con una energía digna de los aplausos, es suprimir los centros de enseñanza dirigidos por religiosos, porque considera la enseñanza como una función del Estado, y el Estado no es católico, ni protestante, sino una entidad sin religión, que las respeta todas, pero no profesa ninguna.

Hace bien. En pueblos como los latinos, corroidos por cuatro siglos de dominación clerical, es una locura dejar la enseñanza en manos de monjas y frailes. Por más que los hombres se esfuerzan en consolidar Repúblicas y establecer el régimen democrático, edificarán sobre arena mientras el niño esté en poder de la Iglesia, y las generaciones venideras, que han de renovar el porvenir se hallen confiadas á los enemigos de la libertad.

Por esto Francia, después de treinta y dos años de República, se convence de que nada ha hecho aún: de que á su sombra el jesuitismo crea en las escuelas nuevas legiones de enemigos, que, con pretexto del nacionalismo, buscan una restauración clerical, y para afirmar eternamente su porvenir, quita á la Iglesia la misión de enseñar, por medio de una ley revolucionaria.

Por esto también en esta España, víctima eterna del clericalismo la futura República no vivirá ni un año si no comienza por privar al sacerdote y á la monja del derecho que se abroga de educar al niño, infundiéndole en su tierna inteligencia el odio á la libertad, al progreso y á la ciencia, y la afición á lo maravilloso á lo absurdo é irracional.

Mientras los pueblos sean educados por la religión y no por la ciencia, es inútil pretender cambiar los derroteros de la humanidad. La ciencia conquistará al hombre; pero tras él llegará la nueva juventud, henchida de todos los absurdos de la enseñanza religiosa y habrá que comenzar de nuevo el trabajo con cada generación, perdiéndose el tiempo en esta continua é interminable tarea, semejante á la tela de Penélope.

Las primeras inteligencias de nuestra época conocen lo que es la enseñanza religiosa por haberla sufrido, y protestan de ella. Son muy pocos los que han tenido la fortuna de librarse en su niñez de ese envenenamiento intelectual que deja hondo rastro en el alumno. Tal vez la virulencia con que muchos grandes escritores han atacado á los curas, se debe á que les conocieron de cerca en la niñez, y con las deducciones de su raciocinio, se mezcla el odio feroz engendrado por los recuerdos de la infancia.

Voltaire, el demoleedor del catolicismo, fué educado por los jesuitas. Victor Hugo, el poeta de la revolución, recordó hasta en los últimos años, su niñez, pasada en el Seminario de Nobles de Madrid, bajo la férula de curas ignorantes, que le abarrotaron la inteligencia de milagros ridículos y mentiras místicas.

La *Revue Blanche*, de París, acaba de preguntar su opinión sobre la enseñanza religiosa á los

escritores más eminentes que fueron educados por jesuitas y curas.

Anatolio France se ríe de ella y la desprecia.

Mauricio Maeterlinck, el gran dramaturgo, recordando cómo lo educaron los jesuitas, dice: «Necesité diez años para limpiarme de su enseñanza, restableciendo mi salud intelectual y moral. No hay más que una sola enseñanza libre: la que no reconoce ninguna religión positiva».

Octavio Mirbeau, que también fué educado por los jesuitas, sirviéndole los recuerdos del colegio para escribir su gran novela *Sebastián Roch*, se expresa de esta manera enérgica: «De la educación religiosa, que descansa sobre la mentira y el miedo, he conservado mucho tiempo todos los terrores de la moral católica, y sólo tras largas luchas y á costa de dolorosos esfuerzos, he logrado librarme de esas supersticiones abominables, con las que se encadena el espíritu del niño para dominar mejor al hombre más tarde. No tengo más que un odio en el corazón; pero profundo y vivo: el odio á la educación religiosa. Por eso, siendo partidario de todas las libertades, me sublevo con indignación contra la libertad de enseñanza, que es la negación misma de la libertad. ¿Hay acaso alguna libertad que permita á las gentes envenenar los manantiales?»

Emilio Zola no es menos enérgico al decir: «Como hombre social, estimo que es preciso suprimir absolutamente la enseñanza religiosa. El cristianismo es una doctrina antisocial, antihumana; una doctrina de muerte que suprime la vida y suprime la tierra en provecho de una existencia supraterrestre; es un cebo espiritualista, con el que se persigue un fin de dominación demasiado claro y tangible. Socialmente, nadie tiene derecho á hacer el mal. Por consiguiente, hay que despojar á todo trance á esa secta malsana de su nocivo poder.»

Y lo mismo que estos grandes escritores, se expresan otros de menos significación.

La Iglesia, al ver que la despojan en Francia del arma poderosa de la escuela, invoca la libertad.

«La libertad invocada por la Iglesia! Aún no hace cincuenta años aconsejaba desde Roma el exterminio de todos los que hablasen de libertad y aun hoy la malicie en pueblos atrasados como España. Es como los ladrones enriquecidos y retirados, que invocan á todas horas el sagrado derecho de propiedad.

Los que han pasado su vida intentando asesinar la libertad, la invocan cuando les conviene, queriendo que sea absoluta y sin límites para que sirva á sus intereses.

No: la Libertad tiene por límites los derechos de la vida, y los pueblos tienen el deber de defenderse, de evitar ese envenenamiento desde la cuna que forma seres idiotizados por la tradición y el absurdo.

Ese derecho que la Iglesia proclama para conservar la enseñanza en nombre de la Libertad, es semejante al de un almacenista de dinamita, que al ver prohibida la instalación de su establecimiento en el centro de una capital, exclamase:

—Esto es querer arruinar el comercio... ¿Qué Libertad es esa que no me permite hacer tranquilamente mi negocio?

BLASCO IBÁÑEZ

La canción de los trigos.

Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...

inundaron de oro puro las anchuras de los campos [pos]

y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas

se inclinaron y, agitadas por el viento,

cosas trágicas cantaron

tristemente, gravemente con susurros de misterio:

«No nos venda al oro el hombre

ni haya más oro que el nuestro...

«Todos gocen las cosechas

que los campos dan espléndidos...

«No nos guarden codiciosos

en sus trojes los perversos

«y que teman si nos guardan

la venganza justiciera de los buenos...»

Y los amos

que se hallaban al acecho

y escucharon los rumores
de los trágicos acentos,
reclutaron segadores y los trigos
se quedaron en silencio,
á los golpes de las hoces que, tendidos en los campos [pos]

hechos haces, los dejaban como muertos.

.....

Han granado ya los trigos

y atiborran los graneros,

celebrando la codicia satisfecha de los hartos,

¡los hambrientos!...

Resignados, melancólicos, turbada

la alegría soberana de la tierra, con el dejo

de fatales, de mortales pesimismo,

suenan lánguidos y tristes sus cantares á lo lejos...

«Dios dispuso así este mundo

«y no tiene el mal remedio;

«hizo Dios ricos y pobres

«y tendrá siempre que haberlos!»

Las sangrientas amapolas manchan haces y las [trojes]

con matices que creyeran simbólicos... sinies- [tros!]

y los trigos que aún se yerguen

se dijera que repiten su canción de vago acento

redentora

saturada de misterio...

«No nos venda al oro el hombre

«no haya más oro que el nuestro...»

Llevan tristes los esclavos á los hombros

las gavillas de los trigos opulentos...

cabecean las espigas de las trágicas canciones,

y en las frentes abrumadas van piadosas dando [besos!]

VICENTE MEDINA

La mayor recomendación

I
D. Barbarito de la Casa es propietario en Enlace y cacique en todo aquel distrito electoral.

Y de lo demás ya se irán ustedes enterando.

II
«Valdebolos 7 de Marzo de 18... - Sr. D. Barbarito de la Casa. - Muy señor mío y de todo mi respeto: Cojo la pluma para molestar á usted,

aunque no quisiera; pero Dios Todopoderoso sabe que así lo hago, porque no me queda otro remedio en el mundo ya. Ya sabrá usted, porque se lo habrán dicho, de cómo murió el tío Quinina, el estancero.

«Compadézcase usted, señor, de este desgraciado padre de familia con su madre ciega y una hija viuda que tiene su madre paralítica. Y Dios se lo pagará. Que si usted habla al diputado por mí mi hija lo despachará, y yo no perderé la escuela, que es con lo que vivimos.

«Aprovecho esta ocasión para ofrecer á usted mi poca válida, que es su respetuoso servidor que besa su mano., *Entiquio Paz y Paz.*»

III
D. Barbarito (solo).—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Como si yo tuviese el estanco dentro del bolsillo. ¿No tiene él la escuela? Pues otros tienen menos.

Es que se han creído que yo soy el emperador... Pues no es conveniente significarse mucho... Nada; no he recibido la carta

IV
«Sr. D. Barbarito de la Casa. Amigo Barbarito: Pocas palabras, porque bien sabes que hogaño, si no es por las bofetadas que di, se queda don Patricio sin la diputación como yo me he quedado sin la yegua, que en paz descanse. Y sabes que la culpa es de los Langostas, porque son muchos votos en la familia. Y ahora no hay caso, porque el chico de los Langostas se casa con mi chica tan y mientras que el estanco sea para él. Y tú ya ves que así D. Patricio y tú tenéis el pueblo de por vosotros.

«Conque, nada más, *El tío Sequías.*»

V
—Este sí que se lo lleva. ¡Lo que discurre el tío Sequías! Nada... nada; ahora mismo escribo á D. Patricio diciéndole que el estanco es para el chico de los Langostas.

VI
«Sr. D. Barbarito de la Casa. -Muy señor mío:

Ha muerto el tío Quinina, y el estanco está sin estancero. El dicho estanco surte de tabaco á cinco pueblos y de papel sellado á dos juzgados de delitos, seis municipales, un Registro de Derecho y ocho parroquias. Además, el estancero de este pueblo tiene privilegio para la venta de ciertos artículos, como pólvora, fósforos, etc. De todo lo dicho deduzco que el estanco produce tres mil pesetas anuales. Ahora bien; yo consigno diez mil pesetas en la caja del Banco central de Gramburgo, y les doy á usted y al diputado esas diez mil pesetas si el estanco es para mí.

»Soy su servidor q. b. s. m., *Lino Delgado.*»

VII

—Esto es el colmo de la desfachatez. Pero no nos precipitemos... Yo debo dar noticia de esta carta al diputado, y él procederá con el rigor que el caso requiere.

—EPILOGO

D. Lino Delgado es nombrado estancero del pueblo. Los demás pretendientes trinan, pero reconocen que esta vez se ha procedido sin atender á recomendaciones.

SILVERIO LANZA

TEMBLEMOS

A pesar del celo desplegado por los vigilantes de consumos la renta baja que es un dolor.

Todos ponen de su parte cuanto es posible para contrarrestar el matute y hasta el visitador general pronuncia discursos, recomendando á sus subalternos que no se duerman y que por nada del mundo dejen de usar la gorra de reglamento. Esta medida bastaría por sí sola para que los matuteros desistiesen de sus propósitos, y sin embargo la renta baja como si no hubiera tales gorras ni tales subalternos.

Y no será ciertamente por descuido de los mismos.

Díganlo sino esos matrimonios apreciables que salen á pasear por las artenas y devoran en un ventorro el tan acreditado cordero en salsa ó los bien olientes callos y caracoles. Al regresar á Madrid suelen tropezar con los vigilantes de consumos, que les detienen ante el fielato para preguntarles:

—¿A ver! ¿Qué lleva usted ahí?

—¿Dónde?—pregunta el esposo.

—En ese bulto

—No es bulto, es vientre natural.

—Desabróchese usted.

—Hombre, no, que me da mucha vergüenza.

La esposa interviene en el asunto, diciendo á su marido:

—Desabróchate, Melitón, que ningún trabajo te cuesta. No provoques conflictos.

Y el hombre tiene que desabrocharse hasta el chaleco, á riesgo de coger un dolor y de que le vean las carnes.

Hay dependientes de consumos muy escamones que no se fían de la gordura natural de nadie, y en cuanto ven una señora obesa ya la están conduciendo al fielato para que la reconozca la matrona, y ésta no se limita á registrar, sino que prorrumpe en exclamaciones ofensivas para la interesada.

—Ay, hija!—le dice á lo mejor—. ¿Que pantalones tan largos usa usted? ¿De qué son estas enaguas? ¿De madapolán? ¡Jesús! ¿Que te tropezado tiene usted el corsé?

Y se enteran de la ropa interior y hasta de los lunares que posee la supuesta defraudadora.

Se ha desarrollado de tal suerte el celo de los dependientes, que el mejor día penetrarán en nuestro domicilio cuando estemos más descuidados, y no podrá uno entregarse á los negocios de la familia ni se atreverá a regañar con su esposa, porque es posible que aparezca á la hora menos pensada un cabo de consumos armado con el pincho, y querrá agujerear los muebles y revolver los pucheros.

—¿Quién es usted?—preguntaremos.

—Soy el representante de la ley—responderá el funcionario. Se me ha dicho que tiene usted un depósito de lomo debajo de la cama. ¡A ver! Echemos usted el aliento.

—¿Para qué?

—Para saber si huele usted á aguardiente; á nosotros nos basta oler á una persona para des-

DON QUIJOTE

MADRID



—¡Papel higiénico! ¡La pastoral de los obispos!
¡Limpia, suaviza y dá esplendor!



La coleta de Sagasta



¿Palaciegos ó burriciegos?

ESO DE LAS GARANTIAS



LOS NUESTROS.—ANTONIO ZOZAYA.



El Nuncio.—¡Pero que á gusto voy en el machito!



LA ÚLTIMA COGIDA.—¡Pobre Suárez Inclán!



—¿Pero me la levantas á que?

J. Hermeguez

cubrir los líquidos sujetos al derecho de consumos.

—Si la renta continúa disminuyendo llegarán a establecerse los registros domiciliarios, y nada tendrá de sorprendente que el mejor día vaya a acostarse un vecino y encuentre en su propio lecho a un vigilante de consumos con la cabeza metida debajo de las sábanas.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntará sorprendido el amo de la casa.

—Vengo a dormir con usted para poder vigilarle de cerca. Sé que en esta casa se come cabrito fraudulento.

—¿Cómo?

—La autoridad tiene noticias de que consumen ustedes artículos sin pagar derechos. Su suegra de usted, no estuvo ayer tarde en el puente de Segovia?

—Sí, señor. Ha ido a ver a mi chico, que me lo están criando fuera de puertas.

—¿No conferenció con un cojo?

—Creo que sí.

—Pues ese cojo es el dios del matute.

—¿Por la Virgen Santísima! ¿Cómo quiere usted que sea Dios el marido del ama de cría?

Nadie está libre de una detención arbitraria y de un registro minucioso mientras dure la disminución de la renta, y es que el Municipio, cuando quiere extremar la vigilancia, no repara en los medios.

Una de dos: o hace la vista gorda o se lanza por el camino de la virtud garrote en mano.

Y al que coge desprevenido lo revienta

LUIS TABOADA

Quiero ser modernista

IMITACIÓN DE "FIGARO"

Interior de la redacción del semanario decadente *Nuevos Gérmes*. Periódicos colgados, entre los que ocupan lugar escogido *Savia*, *Libélulas* y *Horizontes*, revistas literarias. Carteles estrafalarios, sujetos por obleas, decoran las paredes. Dos jóvenes de abundante cabellera escriben febrilmente; otro, con sombrero de copa de alas planas encasquetado sobre las cejas, lee un periódico; de cuando en cuando exclama: ¡Majadero! ¡Imbécil! ¡Ganso!, y sigue con aire triunfal la lectura. La acción ocurre a la hora gris precisamente. Un joven, completamente afeitado, abre con resolución la mamapa, interrumpiendo el angustioso silencio de los redactores de *Nuevos Gérmes*.

—¿El Sr. D. Melquiades Artemisa?

—Servidor—contesta el abismado en la lectura del periódico—. ¿Qué desea?

—Yo soy Ernesto Sacro-Monte, recomendado por el autor de *Crisantemas*.

—Tengo así como una remembranza—responde Artemisa, midiendo con una mirada el cerebro de aquel profano.

—Y deseaba, ya que participo de las mismas ideas de ustedes, publicar en *Nuevos Gérmes* varios artículos demostrando que Cervantes no es autor del *Quijote*.

Artemisa y los dos jóvenes que escriben febrilmente sonríen de modo muy significativo.

—Dice usted—interrumpe Artemisa—que Cervantes no escribió el *Quijote*.

No, señor; fué un sacristán de Argamasilla de Alba.

—Magnífico, amigo Sacro-Monte! Ese alarde de valentía le hace merecedor de nuestra confianza. Hay que derribar a tanto imbécil consagrado por la fama, destruir a esos ídolos de barro. Pero antes de admitirle en nuestra compañía precisa saber si está usted conforme en un todo con nuestros puntos de vista.

—¡Oh, seguramente!

—Usted opinará con nosotros que Víctor Hugo es un majadero, un sublime congrio, que retrasó el buen gusto literario en Francia más de un siglo. Del mismo modo estará usted conforme con nosotros en que los dramas del ogro romántico los escribía un campanero de Nuestra Señora de París, y preferirá usted mil veces las poesías de Mallarmé a los poemas del autor de *Los miserables*.

—Desde luego.

—Por supuesto, usted no habrá tenido el mal gusto de leer a nuestros clásicos; Lope de Vega es un Jackson de la época, Rojas un infame autor cómico, Calderón un latero imposible.

—No, no, señor, no los he leído; pero en cambio conozco todo el teatro de Corneille, de Racine y de Molière y el teatro indio.

—¿Bien, muy bien! ¿Y de poetas modernos?

—De poetas modernos, el mejor para mi gusto es Cristián Scambark, un poeta dinamárquico que hace dos años vendía pieles por las calles y hoy es el primer poeta de Europa.

—¡Justo, Scambark! Naturalmente que le parecerán a usted deplorables Zorrilla y Campoamor.

—¡Uf, no me hable usted de esos romanceros vulgares, sin una idea, sin sentimientos, sin corazón. Sólo la poesía de Scambark titulada *Car-*

ne de fresa vale por toda nuestra poesía castellana!

—¡Oh, *Carne de fresa*! ¡Qué idealidad! Cuando dice

Viene Aurora
seductora,
con caricias fecundantes en los prados esmaltados de colores
a deshora,
donde mora

la lasciva violeta palpitante con la miel de tus amores.

—¡Qué hermoso! ¡Eso no es capaz nadie de decirlo! Vamos a otra cosa. Por supuesto, no habrá escrito nada determinado ni serio, ni un drama, ni una comedia, ni una novela original.

—No, señor, no soy tan vulgar. Sólo he escrito *Rápidas, Fugaces, Instantáneas e Inispidas*.

—¡Ah! Nada de escribir correctamente. No dirá usted nunca, por ejemplo: Rayaba el alba cuando D. Aquilino, montado sobre su mula castellana, dió alcance a la venta.

—No, señor; yo digo: Ya se difuminaba en la lejanía el tímido carmin, cesando los violines de la bruma, cuando D. Aquilino.

—Basta, basta; puede usted desde hoy sentarse entre nosotros.

Y en aquel examen quedó resueltamente admitido en la comunidad modernista el joven Sacro-Monte. Por eso cuando veáis por los saloncillos de los teatros, por los cafés, a un periodista que gesticula, hablando en voz alta y diciendo cosas estúpidas para llamar la atención, no dudéis en decir: ¡Ese es Sacro-Monte! ¡Ese es un modernista!

HIDRAS

Hay dos cosas que el alma del mundo execra y rechaza: el tirano y la guerra; dos monstruos que asolan e infaman.

El tirano coloca en la frente del pueblo, la planta, y su augusto inviolable derecho conculca y profana; y la guerra, titán poderoso de funebres galas, en la muerte su orgullo cifrando, naciones arrasa y destruye campañas y finiestas, dejando a su espalda una estela de sangre y de ruinas, fatídico rastro que anuncia su marcha.

Estos dos enemigos malditos de la raza humana, cuyas hondas raíces su pecho furioso desgarran, se hundirán con el tiempo en la sima do caen hacinadas en informe montón las escorias que engendra la infamia. Allí irán a perderse en la bruma luctuosa y compacta, do cayeron las torpes creencias de edades pasadas, al impulso de dogmas benditos que alumbran el alma, del bien infundiendo la idea divina, su abismo fundando de luz increada. Como vibra, con ruido de perla, la gota de agua que a través de las rocías se filtra, cayendo en la clara

corriente del lago, así en himno eterno golpea la maza del gigante Progreso, piqueta que troncos horada, arrastrando cual polvo impalpable que el viento arrebató, hirsutas costumbres más torpes, más viles, más rudas, más bárbaras que aquellas que rigen con leyes de hierro las hordas salvajes que pueblan el África.

El será la tromba que allá en las futuras épocas lejanas, extinga la guerra y acabe el tirano, las dos avalanchas que arrollan, insultan, oprimen y veján, destruyen y talan. Cuando surja en el pálido Oriente la lumbré fantástica de la aurora, vertiendo arreboles de púrpura y nácar,

entonces el mundo será sólo un pueblo, y sus varias y múltiples razas formarán una inmensa familia, junta y enlazada por el germen de amor infinito que existe en el fondo de todas las almas.

Entonces los pueblos, su rostro radiante de amor y esperanza, alzarán contemplando el camino de luz que les marca su destino brillante, ya libre de oprobios y trabas, sin la sombra que arroja el siniestro perfil del monarca;

y la guerra, el fatídico múnico de horrible matanza huirá hacia remotos confines, plegadas las alas, sin dejar en los pobres hogares herencia de lágrimas, ni el recuerdo de muertos queridos en padres caóticos y madres ancianas.

P. BARRANTES

EL BIEN PERDIDO

¡Ajajá! Un buen sillón, un buen puro, un buen fuego, un buen libro; ¿qué más se necesita para pasar una agradable velada?

Además los placeres empiezan ya a cansarme un poco. ¡Son tan fugaces! ¡Si al menos tropezara alguna vez con algún contratiempo! Obstácu-

los, luchas, dificultades, peligros... ¡algo, en fin, que salpimentara un poco la natural insipidez de la vida!

Decididamente, aquel socarrón de Schopenhauer tiene razón en muchas cosas. Estamos los mortales fabricados por tal sistema, que para nosotros no existe entre el dolor y el hastio solución de continuidad. Desear es sufrir; lograr, aburrirse. ¡Y hay algo más fastidioso que el fastidio! Nunca pienso en el tedio sin representármelo envidioso del infortunio.

Heme, pues, aquí convertido en un anacoreta de la sociedad. Comprendo la postrera vocación que atribuye el refrán al diablo. Nada hay, que sirva a la santificación como la insulsez del pecado. Por eso, a falta de Trapa ó de Cartuja, yo hago de mi despacho una especie de Tebaida... confortable, donde vengo a exhalar de vez en cuando el gran bostezo de mi aburrimiento.

¡Qué animal tan raro es el hombre! Ahora busco asilo contra el placer en este hogar que no tiene de tal sino la lumbre; cuando tuve un hogar de veras, solía desertarlo en busca de fútiles placeres.

¡Pobre Teresa!... ¡Maldita sea de Dios, amén, la raza odiosa de los poetas! No hay sentimiento, no hay belleza sobre los cuales no hayan echado el ridículo de su afectación. Han desprestigiado al sol, al mar, al cielo, a la primavera, al amor. Han hecho cursi hasta la luna. ¡No es fuerte cosa que yo no pueda rememorar a mi mujer muerta, sin que al punto acuda a mi mente, como para poner en solfa mi pena, la consabida salmodia:

¡Pobre Teresa! ¡al recordarla siento un dolor tan intenso! Embarga impío...

¡Pobre Teresa! ¡Tan buena, tan dulce, tan afectuosa! ¡Y cómo me quería! ¡Ah! Las satisfacciones del amor propio son a las de corazón lo que los diamantes americanos a los diamantes de Golconda.

Yo no supe corresponder a aquel amor. No fué dichosa. No es que ella se quejara, no; jamás sus labios tuvieron para mí un reproche. Pero en el cambio recíproco de los sentimientos, yo, sin darme cuenta de ello, ejercía la usura. ¡Es tan fácil dejarse adorar! ¡Lo encuentra tan natural nuestra vanidad! El amor profundo, sereno, sin contratiempos ni borrascas, forma en torno del corazón como una atmósfera tibia, en que se vive sin sentirla. ¡Qué es, Dios de Dios, la dicha, si no la percibimos al poseerla, y sólo sabemos estimarla cuando la lloramos perdida!

No estoy muy seguro de que mi indiferencia no haya anticipado su muerte. ¡Debe ser tan triste eso de amar en vano! Lo cierto es que ella, tan alegre en tiempo y tan animosa, llegó a caer en profundo abatimiento.

En sus últimos días debió sentir la cruel angustia de que yo, inconsciente, la dejaba morir. ¡Qué horrible cosa es el remordimiento! ¡Para qué se esforzara Dante en fantasear los tormentos de los condenados! La conciencia de la culpa irreparable, ese es el infierno del infierno.

II

—¡Diez años! ¡Hoy hace diez años! ¡Qué cobardes somos los humanos! Estoy aquí atardiéndome con mi propia garrulería, como si me fuera posible ocultarme mis propios designios. ¡Qué hasta con nosotros mismos hemos de ser hipócritas! No; yo no me he quedado en casa esta noche para sustraerme a los cansados placeres del mundo. No; yo no me he sometido hoy a la claustración por respeto a un aniversario. Quiero saber de una vez si estoy cuerdo o estoy chiflado.

Nunca después de su muerte la he visto en sueños. Pero en este fatal aniversario, a la hora misma en que expiró, siempre que estoy solo la oigo que se acerca a mi puerta, que me llama, que insiste... La luz del alba disipa la singular obsesión.

—¡Héteme a la espera del prodigio, emboscado como quien aguarda, para verlo pasar, al fantasma de la locura.

Ha llegado el momento. ¿Vendrá? Sí; ya se acerca. ¡Qué extraña puntualidad de la alucinación! Oigo sus pasos, el crujir de sus faldas, el ruido de su respiración, hasta el latido rítmico de su corazón agitado. Siento esa misteriosa impresión con que adivina el instinto algo que nos acecha en la sombra. Diríase que está ahí, detrás de esa puerta. La ilusión no puede ser más completa. Ahora se dispone a llamarme; va a hablar.

—¡Ven!

—Es su voz, su hermosa voz, sólo que menos vibrante y como apagada. Peregrino capricho de la vesania, éste de elegirme a mí, a un hijo del siglo, a un descreído, a un escéptico para hacerme representar ante mi mismo el papel de un héroe de Poë, de Hoffman o de Ana Radcliffe.

—¡Ven!

—¡Oh, desoladora verdad! ¡Oh, ciencia funesta é insana! Yo reniego de ti, yo te maldigo, como Fausto antes de darse al diablo. De tal suerte has arrancado del alma lo sobrenatural, que ya ni viéndolo podemos creer en el milagro. A fuerza de estudiar los sentidos, hémos llegado a no dárles crédito. Tú nos has enseñado a no ver sino un caso patológico allí donde un ingenuo vería un prodigio.

—¡Ven, ven!

—¡Ah, si fuera cierto! ¡Si los muertos volvieran! ¡Si la separación no fuera definitiva! ¡Si el mal no fuera irreparable! ¡Si no fuera sorda y ciega la fatalidad! ¡Si las aspiraciones del alma tuvieran más realidad que los desengaños de la muerte! ¡Si yo pudiera dar fe al testimonio de mis sentidos!

—¡Ven, ven, ven!

—Sea, pues así lo quieres. Un momento, un momento no más y soy contigo.

III

Un diario de la mañana:

«De un tristísimo acontecimiento tenemos que dar cuenta a nuestros lectores. Entre doce y una de la madrugada, los dependientes del hotel número 110 de la calle de la Fuente Castellana, propiedad y residencia del opulento banquero y distinguido *sportman* señor X, oyeron una fuerte detonación que les llenó de sobresalto. Cuando penetraron en la habitación de su amo, presenciaron un espectáculo atemorizador. El señor X yacía en el suelo, cubierto de sangre, el cráneo atravesado por una bala y apretando aún en su diestra crispada la culata de una pistola. La muerte debió ser instantánea.

El suicida no ha dejado documento alguno en que manifieste los motivos de su resolución. Joven, rico, lleno de salud y universalmente estimado, nada hacía presagiar la terrible desgracia que ha de causar honda pena en toda la buena sociedad, donde el señor X gozaba de tantas y tan merecidas simpatías.

El juzgado entiende en el asunto.»

ALFREDO CALDERÓN

LIBROS

Se ha publicado la décima edición de la hermosa novela del maestro Galdós, *Doña Perfecta*. De este libro van vendidos en España 29.000 ejemplares. Y los que se venderán todavía!

La nueva edición de *Doña Perfecta*, muy bien impresa y corregida minuciosamente por su autor, se halla de venta en todas las librerías al precio de dos pesetas.

¡Y hay que comprarla!

El joven y acreditado dibujante Sr. Arveras, ha publicado, con el título de *Escenas militares*, una colección de tarjetas postales muy ingeniosas y muy bien pintadas.

El Sr. Arveras es un muchacho que vale, y que viene pegando.

Que no se *malogre*, ese es nuestro deseo.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Bendigamos a Dios en las alturas! Y bebamos una copita del rico *Anís del Mono*, que es una bendición de Dios.

Modo de resolver la cuestión social: que todo ciudadano se asegure la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sección 13*.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los correspondientes y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Materiales modernos. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas e inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sacursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7. VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A correspondientes y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.